

cuento •



El limbo

Elena Poniatowska

—¡Niña!

La voz se hizo apremiante.

—¡Niña, niña, niña!

Mónica, reblandecida por el sueño, se irguió poco a poco en la cama.

—¡Ay, niña! ¡Aaaaaaaaaaaaaaay!

La joven abrió bien los ojos. Frente a ella, Hilaria comenzó a tronarse los dedos.

—Ay, niña, venga usted, apúrese usted, venga ¡pero ahorita! Vamos al cuarto de la canija de Rosa. Que no la oiga su abuelita.

Hilaria le tendió la bata, acercó las pantuflas, bajaron por la escalera de servicio, los perros ladraron. ¿Serían las seis, las siete de la mañana? Con ademán friolento, Mónica cruzó aún más la bata sobre su pecho. Al llegar al último peldaño, Hilaria detuvo a la joven, tomándola del brazo.

—Niña, anoche se enfermó la mustia de Rosa y se alivió.

—Por fin, ¿se enfermó o se alivió?

—Se alivió de su niño, la muy mustia.

—¿De qué?

—De su criatura.

Mónica despertó de golpe o el sueño se le quedó congelado. Entraron al cuarto de la sirvienta. Rosa, vestida, yacía sobre el colchón, el rostro pálido, la respiración entrecortada; en la cama, ni una sábana, ni un sarape, nada. El puro colchón.

—Rosa.

Rosa no contestó. Al poner su mano sobre el hombro de la muchacha, Mónica pensó que esta respondería, pero continuó inmóvil. Lo único que se agitó fue el tablero de las campanillas enorme que colgaba de la pared. "Este timbrazo es insultante", se molestó Mónica, "despertaría a un internado de proporciones gigantescas". El rrrrrrr rrrrrrrunininininin no cesaba.

—Dios mío, la señora, y ahora, ¿qué hacemos? Y ya despertó la señora, tengo que subirle el desayuno.

Mónica siguió a Hilaria fuera del cuarto.

—Oye Hilaria, estás loca, ¿dónde está el niño? ¿lo soñaste?

Hablaba en un tono superior, enojado; después de todo, aunque Hilaria tenía treinta años en la casa, no era más que una sirvienta, no era nadie o casi nadie, por eso encajaba sus uñas en el brazo, para que la sintieran antes de no ser nada, la pura nada, un envoltorio, un costal de piel y huesos que echarían a la fosa común.

—No, niña, no, allí tiene que estar, nomás que esta mujer ya hizo la limpieza. ¿Qué no se fijó en la mancha café todita restregada? Parió y se puso a restregar el piso, a remover la moronga para que no se notara.

—Voy a avisarle a mi abuelita.

—Ay, niña, no, ay, qué apuración, no se le vaya a derramar la bilis a la señora grande, hoy le toca su huevo. ¿Como le irá a caer el desayuno si se entera?

Mónica no dejó de darse cuenta de su propia importancia.

Hilaria le había avisado sólo a ella y no a la señora grande. Apenas ahora estaba sucediendo algo emocionante, algo como se lee en las novelas, las de Carolyn Keene, los "thrillers" para jovencitas, que en la noche devoraba. A lo mejor no tendría que ir a la escuela. Regresó al cuarto de servicio.

—Rosa.

Olía mal. "Es el olor del pueblo", la cama desnuda con ese cuerpo tirado en el colchón rayado daba una sensación de abandono, de estómago vacío, de chiquero. Con razón decían los de buena familia: "Estas gentes no tienen remedio; todo lo estropean, son unos salvajes". Allí estaba la mancha descrita por Hilaria, pero... ¿El niño? Hilaria siempre les levantó falsos a las nuevas sirvientas y ya la casa tenía fama en la cuadra de que ni las galopinas, ni las mandaderitas duraban por culpa de sus celos.

—¿Rosita?

Se acercó. Curiosa, puso su cara junto a la de Rosa. La mujer se estremeció. Mónica le repitió en voz baja: "Rosita" luego le sopló en la mejilla: "¿Es cierto eso, eso que dice Hilaria, de que tuviste un niño?"

Rosa desplazando toda una serie de malos olores se volvió hacia la pared para darle la espalda a la joven. Después de un momento, con mucha dificultad, a empujones, susurró:

—Sí.

Mónica se quedó fría. Rosa se había rendido, agotada.

—¿Dónde está?

—Se me murió.

—Y ¿dónde está?'

—En el ropero.

¿Cómo te quedó la cara, rota, catrina, hija de gente decente? A ver, trágate esa, pollita de leche, a ver, reacciona bestiecilla de salón. Mónica gritó. De miedo. De horror. Los perros volvieron a ladrar, pero la otra en la cama, no se movía. Mónica fue hacia el armario y con la inconciencia de sus años niños lo abrió. Las sábanas ensangrentadas se amontonaban. Pero nada más.

—Y ¿el niño?

No tuvo respuesta. Seguramente Rosa sentía que ahora le tocaba a la otra, a la ternera cebada, a la cochinita pibil, a la niña bien, a la chica novicia. Esta siguió buscando. En un rincón envuelto en periódicos estaba un bultito blando, una materia floja. Mónica lo cogió como si fuera a desmoronársele entre los brazos. Rosa la miraba hacer con ojos apacibles. Puso el paquete en la cama, cerca de los pies cuadrados, chatos, groseros de Rosa. Levantó un poco el papel. Había una cabecita con el pelo muy negro pegado al cráneo.

—Tómalo, Rosa, cógelo.

Como siempre, la abuela estaba recargada en sus cinco cojines de funda de encaje. No pareció indignarle el relato de Mónica, sólo ordenó:

—Háblenle al doctor.

—Hay que dar parte —insistió Hilaria con aires de experta, la delegación, el certificado...

Todo sucedió dentro de un remolino febril como en novelas de misterio. Llegó el médico de la familia; llevaba en la boca un cigarro apagado que escupió a poca distancia de Rosa. Sus ojos beige miraban hostilmente a la criada, sus ojeras rosadas, casi fosilizadas, acentuaban el desprecio su rostro. Exploró el contenido del envoltorio para exclamar con frialdad:

— ¡Este niño vive!

Un borbotón de lágrimas se anudó en la garganta de Mónica y el apretado nudo se deshizo en sus ojos. ¡Esto era un milagro, un regalo del cielo! El niño, todavía en los periódicos, respiraba; de su boca abierta salía un pequeñísimo aliento, apenas un soplo. El doctor se puso a limpiarlo. En las aletas de la nariz brillaba un poco de sangre coagulada.

—Hay que ponerle una inyección para evitar una futura hemorragia. ¿Qué le pasó a su hijo?

Rosa gruñó como si estuviera mascando las palabras, pero en su voz había algo de sollozo.

—Se me cayó de cabeza.

—Pero ¿cómo lo tuvo?

—Me acuclillé aquí a un ladito.

Hilaria preguntó, como profesionalmente:

—¿No lo va usted a curar de su ombliguito?

El doctor no se dignó contestar y sólo procedió con manos rápidas. Luego, haciendo caso omiso de los presentes, inquirió por la señora de la casa.

"La mayoría de estas mujeres, mi admirada señora, no quieren al hijo. Les resulta... cómo diré... un estorbo oneroso. Lo sufren como un castigo y luego... no necesito decirle. ¡Ignorantes, supersticiosas, pobrísimas, no saben qué hacer con él!"

Con razón, pensó Mónica, había marcas violáceas en el pescuecito del niño, tan delgado, listo para desprenderse. El médico siguió hablando competente y rutinario. Todo tenía una explicación, y nada, en realidad, era importante.

—Quién sabe si el niño dure. Esa mujer le dio una buena maltratada. Voy a mandar a una enfermera para asear a la madre.

Al levantarse, besó la mano de la señora grande, tomó su maletín de la silla de bejuco y salió con su aire cansado de hombre que escucha las desesperanzas de los demás.

Mónica cogió las sábanas de su cama de muñecas. Era aquello lo que más se parecía a cosas de niño de que pudiera disponer. Las llevó al cuarto de Rosa y envolvió al niño de verdad. Rosa la miraba hacer, atenta como una perra que súbitamente reconoce al cachorro. El niño, tan a la mano, parecía una pobre maraña de tejidos, de venas, de trapitos.

"Dios mío, Dios mío ayúdame", rezó Mónica. Se sentía torpe, sin recursos. Hubiera querido soplarle en la boca para que su pecho se ensanchara, hacerlo respirar, amacizarlo, recubrirlo con su propia carne. Tener tanta vida dentro y no poder darla. Jaló la cobija en torno al tambache a que quedara lisita y de pronto se detuvo... Rosa miraba entre desafiante y lastimera y de sus ojos rodaron gruesas lágrimas. Mónica, entonces, colocó aquel bultito a su lado, en el hueco del brazo materno. La mujer siguió llorando mientras atraía al hijo.

¡Había un niño en la casa, un niño chiquito! Se necesitaban pañales, camisitas, baberos, una almohada diminuta, una cobija con borregos pinta-

dos, qué ajeteo. Habría que sostener toda la frágil estructura de su cuerpo con frazadas. Mónica se puso a acomodar la canastilla en el aire; aquí las chambritas, allá el aceite y el algodón, todo limpio y blanco, imposible no conmoverse ante la pequeñez de las prendas: " ¡Pero qué tiernito es, qué niño chiquito!". Todo lo salva por su condición de niño, Rosa tendría que quererlo al ver que otros se alegraban de su presencia.

Junto a lo blanco y lo azul danzaban otras imágenes: la sangre, la mancha en el piso que Mónica evitaba mirar, los cuajarones sanguinolentos envueltos en el papel periódico como las entrañas de un pollo, de una totola, de una guajolota, amarillas y verde espinaca, el cordón umbilical y la bolsa de la placenta, el cuerpo de Rosa, sus caderas, sus pechos, un niño que agita en vano una sonaja en el vientre de su madre, el cuerpo de Rosa que había contenido un niño sin que nadie se diera cuenta porque a nadie le importaba; sus paredes ensanchándose, y Rosa callada, callada: "voy a barrer la azotea", "voy a un mandadito", "pos a ver si me dan permiso", "mañana, me toca mi salida", Rosa en el teléfono, Rosa en el corredor, Rosa con una escoba en mano, Rosa trenzando su pelo negro en el lavadero, Rosa desfajando en la noche el vientre que se abulta, Rosa acuclillada para dar paso a ese amasijo de carne: su hijo, ahora sí que el de sus entrañas porque al salir la había vaciado; allí estaba la carne en pedazos como la que el carnicero cortaba con tanto placer para los perros, "démela maciza" estipulaba Hilaria "y envuélvamelas bien para que no escurra" y el carnicero la amontonaba en varias hojas de periódico, apretándola en un tubo, así como Mónica había alisado la cobija en torno al cuerpo del niño.

—Señorita, ¿ya vio usted al inocentito?

—Sí. Está bien ¿no?

— ¡Ay niña! Rosa es la que está sosiega... la muy ladina... pero el niño, ¿lo destapó usted?

—No —contestó Mónica con asombro.

—Pues venga usted a verlo porque yo lo deviso grave.

En el cuarto de paredes vacías, salvo unos calendarios de Aspirina Bayer, la cama y el ropero de la Lagunilla que un mecapanero trajo a cuestras, la frente partida en dos por el mecate, Rosa luchaba contra el sopor. No pareció importarle que Mónica se inclinara de nuevo sobre el niño. Al bajar la cobija lo vio morado, los labios azules. ¿El milagro, dónde estaba el milagro? Su almita de educanda de monjas del Sagrado Corazón tuvo un brusco arrebato. ¿No que Dios había perdonado y se había decidido por el milagro?

—Hilaria, haz algo, Hilaria ya se murió.

Mónica sintió que se paralizaba. ¿Sería por el pecado mortal que había cometido Rosa? ¿Así de duro era Dios, así el juicio divino? "Jesús, Jesús intercede frente a tu padre que no deje caer su mano de tres dedos, que no se venga en esa forma".

—Hilaria ¿qué hacemos?

—Cálmese señorita. No está muerto. Nada más se ha puesto algo malito; está como tuturusco, chin, pinche Rosa, tenía que pasar orita que es hora de su comida de la señora y Rosa allí tiradota, sería bueno, ultimadamente que el doctor...

El hospital, eso era... El médico de cabecera ya no podría hacer nada porque no le importaba, pero en una institución especializada en que los doctores fueran más jóvenes, menos desencantados sí, lo volverían a la vida, llorarían con ella, vencerían con ella.. .

—Vamos, Hilaria. Envuelve al niño. Voy a sacar el coche, ándale.

Bajo el letrero: "Urgencias" la lentitud de la atmósfera contrastaba con la premura de la gente que entraba corriendo para detenerse frente al mostrador, recobrar su compostura y su respiración. Dos enfermeras pedían nombres, consultaban pausadamente ficheros, Mónica galopó, con toda su juventud entre las piernas.

—Señorita, por favor, una emergencia.

—Tome usted asiento —dijo la recepcionista enseñándole sus encías moradas.. .

—Es que, señorita...

—Todos los que están aquí son casos urgentes.

—Venga usted niña, vamos a sentarnos —dijo Hilaria tímidamente.

Mónica le hubiera pegado. Era monstruoso sentarse, el niño se estaba muriendo. Plantada frente al mostrador, decidió echar raíces. La enfermera señaló molesta:

—Está usted estorbando el paso.

Hilaria se hizo a un lado, demasiado acostumbrada a obedecer. "Se ha solidarizado con la encía morada —pensó Mónica—, ya no está conmigo ni le importa la vida del niño, lo que quiere es quedar bien; toda la vida no ha tenido sino patrones".

—Dame al niño, Hilaria —ordenó Mónica. Aún más estorbosa con el envoltorio entre los brazos, la joven no dejaba de mirar hacia la puerta blanca que aventaba hacia adelante y hacia atrás, en perpetua resaca, al letrero "Silencio".

Se avalanzó sobre el primer doctor de pijama blanca a la vista.

—Doctor, por favor, traigo un niño que se está muriendo.

El doctor tomado por sorpresa, miró a la catrincita a punto de llorar. "No vamos a permitir que lloren unos ojos tan azules", dijo señalándole la anhelada puerta. Por un momento, las mujeres en la sala de espera parecieron salir de su letargo, pero muy pronto volvieron a la postura imposible y desganada que las asentaba en las butacas. Allá ellas. Algún día Mónica, las sacudiría, las tomaría de los hombros, chúpense esa, sí, ella, sí, sí, ella la jovencita primeriza, la del baño diario y las tres hileras de perlas, ella picaría con sus espuelitas de oro a esa manada de vacas y se aventarían en tropel contra Palacio Nacional, ella sí, secundada, por supuesto, por ese doctor tan fino (que también debía ser de buena familia) que acababa de franquearle la puerta pisoteando los derechos de las demás que se lo tenían bien merecido por dejadas, por rumiantes, por echadas cual flan de sémola, aplastadas sobre el asiento.

Dirigiendo a su ejército femenino, Mónica depositó al niño en la mesa indicada. Las superficies eran lisas muy bien cepilladas e Hilaria exclamó: "Qué buena tablita para picar mi cebolla". La nueva enfermera le preguntó a Hilaria si era la madre y sonrojada se alejó en menos que canta un gallo para evitar toda posible confusión: "Ay qué pena, qué pena que vayan a creer que yo...". Veía con desconfianza, casi con asco a las madres de otros niños que esperaban, la mente en blanco, de pie junto a las mesas. El doctor desnudó al niño en un momento y este emitió un ruidito de la tráquea.

—¿Cuándo nació?

Hilaria se hizo la desentendida, así es de que Mónica contestó:

—Esta mañana, a lo mejor anoche.

—¿Qué le pasó?

—La madre dice que se le cayó.

El médico ordenó a la enfermera:

—Que venga el doctor Vértiz.

Los dos se inclinaron sobre la mesa. Uno de ellos, pechugado, enseñaba un negrear de vello crespo. Cambiaron unas cuantas frases y llamaron a Hilaria: "El niño tiene que pasar a la incubadora, le vamos a poner suero, hay fortalecerlo. Puede usted venirlo a ver todos los días de tres a cuatro".

—¿Estará fuera de peligro? —preguntó ansiosa Mónica.

—Sí, señorita.

—Muchas gracias, doctor.

—Esperen un momento a que la encargada tome los datos.

- Pero si ya los dimos afuera.
- Estos son para el registro de la Cuna.
- ¿Son muchos los requisitos?
- Así es — sentenció el doctor.

Mónica no podía dejar de mirar a su alrededor. Sobre otras mesas de auscultación yacían otros niños, la mayoría más grandes que el de Rosa, pero todos con los brazos y piernas como hilitos, el cuello de pollo desplumado unido a una gruesa cabeza que se bamboleaba. Montoncitos de miseria rosa, montoncitos de miseria apiñonada, montoncitos de tristeza. Los médicos tomaban al paciente por las dos piernas para sostenerlo en alto como rata por la cola; algunos gritaban, gatos que van a ahogar en el agua ratas envenenadas, pero la mayoría no daba ni señal de vida. En muchos, el sexo era un higuito negro, una vejiga, un hongo venenoso. Cerca de varias mesas, Mónica miró a las madres inmutables y secretas. Algunas de ellas estaban gordas, las mejillas fuertes y los cabellos entretejidos de listones solferino, amarillo, verde perico; sus aretes brillantes colgaban de sus orejas, y sus ondas grasientas se sucedían marcadas por un batallón de pasadores.

- Doctor —se aventuró a decir Mónica— ¿qué tienen estos niños?
- La mayoría están desnutridos.
- Pero si las madres no se ven tan pobres.
- Allí está lo malo, señorita.

Sintió que una ola de rubor, de rabia, le subía desde adentro; el doctor le había lanzado una mirada penetrante, grave, no exenta de acusación. Quería emparentarla a todas estas idiotas con sus aretes de piedrecitas de colores. Mónica abrió su bolsa.

- Pague usted afuera señorita, en el escritorio de la salida.
- Vamos a verlo en la incubadora —dijo Mónica.
- ¿Pa' qué?
- Para ver cómo quedó.
- Queda bien —dijo Hilaria, malhumorista.
- No sabemos.
- Ya es muy tarde, la señora grande.. .
- La señora grande iría a ver al niño a la incubadora —cortó Mónica tajante.
- No dan permiso.
- Vamos a investigar.

Hilaria parecía decir: "Los ricos pueden darse esos lujos, cerciorarse, certificar; a nosotros no nos queda más que encomendarnos a la divina providencia, y no nos andamos con tantas exigencias".

También allí el piso era de linóleo, y relumbraban los aluminios, los cancelos de vidrio de fondo de botella y las paredes blancas agresivamente brillantes; materiales que oscilaban entre el plástico deleznable y el mosaico que puede lavarse con manguera. Una enfermera gorda, tiesa de almidón y con albo bozal, les dijo que les señalaría al niño tras un ventanal de doble vidrio que exhibía una gran cantidad de peceras rectangulares, donde los niños más que pescaditos parecían embarcaciones que hacen agua, barquitos de papel a punto de irse a pique. Casi todos tenían una aguja en el brazo prolongada por un tubo de plástico. La enfermera devolvió a Hilaria la cobija de borregos pintados y una sábana:

—Aquí no le va a hacer falta a su chavalito.

Nadie tomaba en cuenta a Mónica; simplemente no pertenecía a ese mundo.

—¿Se pondrá bien?— preguntó Mónica

—Sí como no, se lo vamos a devolver buenito —sonrió jovial la mujer.

Mónica pensó: "Qué buena gorda, todas las gordas son buenas gentes, qué buena esta gorda por opulenta, por rozagante, me gustaría comer con ella, estoy segura que reiría en salud, ella le va a devolver el ánimo al niño, lo va a robustecer, a regocijar con su sola piel risueña y franca". Al bajar la escalera, en uno de los rellanos, un grupo de mujeres le hacía rueda a una de un viejo abrigo café deslavado, el pelo lacio en la nuca, las ojeras muy marcadas y dentro de ellas los ojos que miraban consternados pero sin llanto, mientras explicaba con voz opaca, mansa: "Dicen que le tocó el turno a una nueva y que se olvidó enchufar la incubadora...".

Entonces Mónica indignada, intervino:

—¿Por qué no protestó usted? ¿Por qué no fueron a la dirección? ¿Por qué no protestamos todas? ¿Por qué no vamos a los periódicos?

Se le quedaron viendo, y una de ellas, tan gorda o más entrada en carnes que la enfermera respondió:

—Ay, señorita, cómo se ve que usted no sabe...

Como era gorda, Mónica tomó confianza...

—¿Y qué tiene que ver la protesta con que sepa o no sepa?

—Es que usted no sabe porque usted no es de aquí...

—En primer lugar sí soy y aunque no fuera, ¿eso qué tiene que ver? Yo les estoy proponiendo que hagamos algo, levantemos un acta...

La misma gorda dijo con voz fuerte:

—A los jueces, las actas le sirven de papel de excusado —e hizo un ademán procaz, volteada hacia la pared, rechazando de plano a Mónica.

Hilaria se había separado de su patrona, esperaba con un pie en la escalera. De nuevo, como en "Urgencias", aparentaba no escuchar pero la miraba de soslayo. La señorita era joven, no sabía nada de nada, ya encallecería.

—Si nos uniésemos —insistió Mónica—, si no nos dejáramos pisotear, si todos tuviéramos las mismas oportunidades...

Mónica, fuera de sí, habló sin respirar. Hubiera querido llamarlas compañeras o comadres o amigas, abrazarlas, pero las mujeres se cerraban sobre sí mismas; se habían apretujado en un extremo del rellano y la gorda se encargó de cortar a la novicia.

—Mira güerita, ¿eres protestante?

—No, yo soy no soy, pero...

—Nosotras somos católicas, así es de que pícale, vete a tu casa.

Mónica se hubiera sentado en el último peldaño para llorar hasta vaciar su cabeza, pero más que las católicas era la mirada del doctor de pelo en pecho la que la perseguía. Adivinaba su expresión irónica que de encontrarla, lo haría exclamar: "¡Qué desahogo más personal!" y recordaba la voz grosera: "Pícale, lárgate a tu casa". ¿Era "lárgate" lo que le había dicho la gorda?

Hilaria trotó tras de Mónica, antes de entrar al coche, escupió en la cuneta, un salivazo largo, cargado. Mónica jamás la había visto hacer eso. Era como si le estuviera escupiendo encima. Absolutamente ajena a la impresión causada, Hilaria siguió hablando, de cómo en la media noche oyó que alguien la nombraba quedito pero que no se dio cuenta, sino hasta después, de que era Rosa. ¿Cómo no se había dado cuenta?, ¿quién más podría ser?, ¿trabajaba otra criada en la casa? Hilaria tenía esa maldita costumbrita: "Hilaria no limpiaste el baño". "¿Cuál?" como si hubiera siete baños. "Cierra la puerta" "¿Cuál?". ¿Quién? ¿Cuál? ¿Dónde? ¿Cómo? tras de cada orden para obligarla a repetir. Que a ella, a Hilaria, se le había revuelto el estómago, ya ve la señorita qué delicada era de su estómago, se le había revuelto, chin, y eso que no se había desayunado, Rosa abiertota, allí, toda cubierta de sudor como gargajo, toda empuercada, batida en su propia sangre y que la muy rejega no le decía del niño y no le decía y dale a preguntas y nada, no le quería decir. Rejega, reteque rejega y no na' más para eso, pa'todo, ladina, taimada, mañosa, chiquiona, remolona como ella sola porque por fin había murmurado: "Es que el burro me tumbó re'juerte, me vino pero macizo". "Pos váyase al baño", le ordenó: "No, pos si acabo de ir". "Tonces está enferma, si

acaba de ir". "Pérese, al rato vuelvo a ir, nomás que agarre juerzas", en fin de cuentas a ella, a Hilaria, se le afiguraba que Rosa quería botar al niño por ahí envuelto en los periódicos, había unas que hasta los echaban al excusado y luego jalaban lá cadena... Porque si lo quisiera, le hubiera preparado por lo menos dos muditas no que esta pecó de noche y al que pasó a fregar fue al hijo... Hilaria seguía dándole, los labios tiesos y duros y repetía con envidia: "Es que ninguno de nosotros le maliciamos nada. Como se fajaba bien y al niño lo traía en la boca del estómago... pero ahora que me acuerdo si nos hubiéramos fijado de más cerquitas..."

Por fin llegaron a la casa, Hilaria se fue a inspeccionar a Rosa, Mónica subió escalón por escalón, pisando hasta lo hondo de la gruesa alfombra; abrió la puerta de la recámara de su abuelita. Acostada en su cama recibía todas las noches a sus hijas, a sus nietas, a su yerno. Se acomodaban a su alrededor en pequeños sillones frente a las cortinas de organdí y decían cosas bonitas, blancas y leves, acerca de los sucesos del día para despedirlos entre los ramos de flores, el olor de los pétalos de rosa que la abuela ponía a secar y la colcha blanquísima tejida por manos calladas y diligentes. Hoy el tema era Rosa y el futuro del niño; ofrecían adoptarlo, mañana bien podría antojárseles engullirlo a la brocha con una manzanita en la boca o preparado en "bitoques a la russe" a la manera de Hilaria con crema agria y morillas. Había en ellos algo bárbaro e imprevisible que destanteaba; se enorgullecían de que los consideraran excéntricos y opinaban de los demás: "Son burgueses" o "Qué costumbres más burguesas". "Nous ne sommes pas comme tout le monde" afirmaban y en efecto, caminaron siempre, al borde del precipicio. "Es nuestra sangre rusa".

Cada semana, la abuelita sentaba a su mesa a Fraulein Von Schalus que en los últimos años se popeaba en los calzones. "Es como mis perros" la disculpaba. O a Guillermina Lozano quien tocaba el arpa maravillosamente y llegaba envuelta en el hedor de los treinta y cinco perros, cuarenta gatos y cincuenta palomas que albergaba en su casa. Tenía un largo collar de perlas que le caía en la sopa todo cubierto de cagarrutas de paloma. Con Fraulein la abuelita hablaba de Goethe, con Guillermina Lozano, de Wagner. Pero el tema profundo, la melodía central, era de los "Sweet doggies", los "Poor little dogs" que las tres recogían en la calle.

—¿Cómo estás rebanadita de pan con mantequilla?

—Bien, abuelita.

—Pareces más bien una ranita verde.

Mónica relató lo que había visto y la abuelita, sólo comentó:

—Las mujeres deberían tener perros. Son más simpáticos. (Los perros Chocolate, Lobo, Dickie, Violeta, Kiki y Canela que se vivían pendientes de las palabras de su ama, movieron la cola aprobando.)

—¿Cómo era yo, mamá, cuando nací? —inquirió Mónica con verdadera ansia. Quería que su madre le asegurara que ella no era como aquellas ratitas rojas que había visto en el hospital.

—No sé, yo estaba ausente... Me fui de cacería...

—Dime la verdad, ¿sufriste?

—Qué gran palabra, Mónica.

Esas cosas nunca se decían, no se acostumbraban sino las cosas tiernas, fáciles, inasibles; así eran ellos, no había por dónde agarrarlos y de repente se morían y uno se quedaba en ayunas, muerto de hambre, hurgando en sus papeles para descubrirlos. Sin embargo, entre tanta aparente distracción, tanta palabra a medias, el té de las cinco, el sombrero de paja, la revista boca abajo sobre el pasto, tanto jugar con el viento y huir de los imbéciles, decían de pronto algo exacto como si y un rayo los iluminara. Y por imprevisto, resultaba aún más fulgurante. Como fulgurante era la figura de la abuela cuando salía a la calle y silbaba largamente en la empuñadura de plata de su bastón (que era un silbato) antes de dar la vuelta para espantar a los ladrones, o blandía su paraguas apuntándolo al cielo como Marcel Proust, al mismo tiempo que decía: ¡zut! ¡zut!", para desfogar el coraje que a veces la embargaba.

Mónica se lanzó en una atropellada perorata sobre la condición femenina, el conflicto social, la miseria, hasta que la abuelita la interrumpió:

—Te gusta parecer bolchevique, ¿verdad?

—No, no, es que toda esa gran injusticia...

—Ya Mónica, no sigas hablando como si fueras un mujik... Si lo hicieras a la Tolstoi, pasaría, pero eres la más formidable fabricante de lugares comunes que he oído en mi vida. Cállate ya, pequeña idiota, pequeña creadora de rutinas.

Todos asintieron, reconciliados. Su madre le recordó:

—¿Qué vestido te vas a poner para el coctel de los Romero de Terrores?

Creyó estallar en sollozos, allí mismo, frente a todos. ¿Cuál coctel? De nada los había convencido; al igual que las mujeres paradas en el rellano del hospital, la corrían: "Y ahora mocosa, lárgate al coctel".

—¿Qué te pasa, Mónica? No debes ponerte tan nerviosa, ya la vida te enseñará...

La señora grande salió en su defensa: "Se ve cansada: no tiene bien arreglado el peinado, no es una cena formal, al contrario, un buffet con bolillos sobre la mesa, hoy se levantó muy temprano y ha sido grande la emoción: mañana enviaremos unas flores para excusarla".

Ninguno objetó. El caso en manos de la abuela se consideraba zanjado. La familia conglomerada en torno a ella acataba la menor de sus decisiones. Mónica hubiera querido meterse en su cama, acurrucarse junto a ella como lo hacía cuando se sentía mal, pero ella misma le ordenó:

—Ahora ve a cenar con tus papás, tienes que comer algo.

Y la besó en la frente.

En la mesa, mientras se hablaba de otra cosa (porque en la mesa se evitaban los temas desagradables), Mónica no pudo tomar su sopa.

—Come, casi hemos terminado.

Su madre la miraba con sus ojos tristes, de mujer que escucha la noche.

—Mamá, ¿no podría regresar al hospital?

—¿A qué Mónica?

—A curar a los enfermos, sacudir a las mamás, removerlo todo, meter allí un tal torrente de vida que los niños no tengan más remedio que aliviarse.. .

—¡O salir volando, convertidos en angelitos!... ¡Pobre cretina, está histérica! —intervino su hermana menor.

—Mónica, come por favor.

El tono era imperioso. El líquido ya frío pasó con trabajo por la garganta de la joven y después de tres o cuatro cucharadas recobró el ritmo de las cenas pasadas. Qué fácil es comer, pensó, qué fácil cuando a ocho cuerdas apenas hay un moridero de niños. El comedor con su Boldini iluminado y sus grabados de Swebach, sus lámparas de cristal y sus vitrinas, todos esos objetos dulces y familiares, asentía cómplice, pero con cada cucharada de sopa, se filtraba, también otro líquido: el de la impotencia.

—Y ¿qué vestido piensas ponerte para la cena del sábado?

"De veras ¿cuál? Híjole, cómo soy, híjole, qué pobre diabla", Mónica podía pensar en el vestido del sábado, mentalmente los revisó: el de flores, el blanco, el de Lanviel, el de chiffon italiano, el rojo. El rojo, con ese, en las últimas fiestas la había sacado Javier Carral que era guapísimo ¡Y Teco Arozarena! ¡Y Pepe del Río que todo le festejaba!

—El rojo.

—Tienes razón, ese te queda muy bien.

La madre le sonrió tranquila al verla distraerse tan pronto de su reciente congoja: "Es joven, qué pronto pasa del llanto a la sonrisa, más rápido aún de lo que yo pensaba". Volvía al engranaje, a la reverencia, esperaría sumisa el arribo del príncipe. Entre tanto cerraría ventanas con sus manos cuidadas; la acompañaría a té, visitas, cenas, pésames, habría manteles que bordar a la hora del crepúsculo. Mónica se despidió apaciguada y dio las buenas noches como de costumbre. Pero ya en su cama mordió las sábanas; lloró una hora y otra; una hora suplantaba a la otra y el llanto seguía embistiéndola; un borbotón que la drenaba hasta que la última lágrima hecha sólo de sal se le secó en la mejilla. Lloró porque podía tomar sopa mientras una señora de abrigo café les comunicaba a otras que la incubadora se había quedado sin corriente eléctrica, lloró porque nunca fabricaría una bomba en el sótano de su casa, ni siquiera una molotov —su pólvora estaba mojada de antemano—, pero sobre todo lloró porque ella era Mónica y no otra, porque la muerte del pequeño de Rosa no era su muerte y no podía vivirla, porque sabía muy bien que el sábado bailarían con el vestido rojo, oh Bahía ay, ay, rayando a taconazos el corazoncito del niño de Rosa, bailarían encima de las mujeres a quienes los hijos se les caen de entre las piernas como frutas podridas, bailarían mambo qué rico el mambo, bailarían muñequita linda de cabellos de oro, bailarían la raspa, la vida en rosa, las hojas muertas, porque después de todo, la vida de uno es más fuerte que la de los demás ●